



Javier Fernández-Palacios siempre en la memoria

El pasado mes de agosto fallecía de manera inesperada uno de los grandes Letrados de la Abogacía hispalense.

Quisiéramos empuñar la pluma como heraldos de varias generaciones de profesionales del Derecho que durante años anduvieron su mismo camino, y trazar así una semblanza abocetada de este jurista sevillano.

Quienes conformamos su fiel mesnada tuvimos la fortuna de aprender con la exquisitez de su magisterio, siempre cercano y sencillo; con la hondura de sus diagnósticos jurídicos, lúcidos y certeros. Aprendimos qué significan la pulcritud y el celo extremados en la búsqueda de la idea precisa y el término exacto, viendo cómo se desgastaba una vida trabajando hasta el último instante con infatigable tesón. Y aun con todo, supiste como nadie ornamentar éstas tus cualidades con el mejor gracejo, con el sano humorismo que destilaban tus reflexiones y expresiones.

Pero lo importante no es tanto lo que fuiste, sino cómo lo fuiste, pues las excelencias profesionales que te adornaban traían causa del señorío personal que te distinguía, de la elegancia de espíritu y la semblanza que te ennoblecían y así, casi sin pretenderlo, como desprende su aroma la rosa, trascendiste el viejo aforismo romano de "dar a cada uno lo suyo", porque diste también "lo tuyo"; es más, te diste sin medida hasta desgastarte en la entrega, como hacen los buenos cofrades de Sevilla, Sevillanos de la mejor estirpe y estirpe de la mejor Sevilla.

Los naranjos de San Vicente fueron testigos, y así nos lo contaron una mañana de abril, que todas las noches de Lunes Santo, enseñoreado de ruán negro y esparto, y asido a la manigueta izquierda de tu paso de palio, volvías el rostro, aññada el alma, para elevar una filial y dulce mirada a los ojos de tu Madre del Cielo y Ella, a su vez, con el corazón en flor y el rostro arrebolado por la oración sentida de su hijo amado, alzaba una maternal mirada a su Hijo del Cielo, a su Hijo del Alma, a tu Señor de las Penas.

Atrás quedaron, querido Javier, los aromas del lirio en oración, el nardo y el cirial, atrás la tenue luz guardabrisada de blanca cera consumada, atrás la canastilla de palo de rosa y el compás de unas bambalinas de seda, atrás orfebrerías e imagineros y atrás, cofrade bueno, la antesala de la Gloria, porque amaneció Dios, porque disfrutas ahora del alba clara de una vida recién estrenada, vida naciente de esplendor alboreada, de la primicia de una vida resucitada, de la dicha de la alegría desbordada y del misterio revelado de tu fe cofradiera.

Y mientras nuestro alma, desvalida, espera en esta ribera vieja el milagro de la auténtica primavera, decirte queremos, con el poeta, que no sé cómo vamos a llegar hasta ti, buscándote, para decirte, amigo, que hemos de hacer en tanto vivamos que no te quedes huérfano de hijos, que no te quedes solo allá en tu cielo, que no te faltemos nosotros como nos faltas tú.

Tus compañeros de
FERNÁNDEZ-PALACIOS, Abogados.